

# **PENSAR EL SUROCCIDENTE**

## **ANTROPOLOGÍA HECHA EN COLOMBIA**

TOMO III

Enrique Jaramillo B.

Axel Rojas

Editores



---

*Pensar el suroccidente. Antropología hecha en Colombia* / Hermann Trimborn, Milciades Chaves, Kathleen Romoli, María Victoria Uribe [et al.]; Editado por Enrique Jaramillo B. y Axel Rojas. -- Cali: Universidad Icesi. Sello Editorial, 2019.

962 pp. tablas, mapas, gráficos.

Incluye referencias bibliográficas al final de cada capítulo.

1. ANTROPOLOGÍA HECHA EN COLOMBIA. 2. ANTROPOLOGÍA SOCIAL. 3. ANTROPOLOGÍA CULTURAL. 4. ANTROPOLOGÍA REGIONAL – SUROCCIDENTE. 5. COLOMBIA. 6. ETNOLOGÍA – INVESTIGACIONES. I. Título. II. Hermann Trimborn, III. Milciades Chaves IV. Milciades Chaves, Kathleen Romoli. V. Jaramillo, Enrique y Axel Rojas editores. VI. Universidad Icesi.

ISBN: 978-958-8936-87-1 / 978-958-8936-88-8 (PDF).

DOI: <https://doi.org/10.18046/EUI/ee.4.2019>

305.898 A636 - scdd 21

Hecho el depósito legal que marca el Decreto 460 de 1995

Catalogación en la fuente – Universidad Icesi. Biblioteca

---

© Universidad Icesi, 2019

© Asociación Latinoamericana de Antropología (ALA)

© Grupo de Estudios Lingüísticos, Pedagógicos y Socioculturales, Universidad del Cauca

© De los autores: Enrique Jaramillo B., Axel Rojas (Editores académicos), 2019

Primera edición

Editorial Universidad Icesi, junio de 2019

Diseño y diagramación: Johanna Trochez - Ladelasvioletas

Imagen de carátula: Enrique Jaramillo B.

Coordinador Editorial: Adolfo A. Abadía

Editorial Universidad Icesi

Calle 18 No. 122-135 (Pance), Cali – Colombia

Teléfono: +57 (2) 555 2334 | E-mail: [editorial@icesi.edu.co](mailto:editorial@icesi.edu.co)

<http://www.icesi.edu.co/editorial>

La Editorial Universidad Icesi no se hace responsable de las ideas expuestas bajo su nombre, las ideas publicadas, los modelos teóricos expuestos o los nombres aludidos por el(los) autor(es). El contenido publicado es responsabilidad exclusiva del(los) autor(es), no refleja la opinión de las directivas, el pensamiento institucional de la Universidad Icesi, ni genera responsabilidad frente a terceros en caso de omisiones o errores.

Los contenidos de esta publicación pueden ser reproducidos sin autorización, siempre y cuando se cite el título, el autor y la fuente institucional.

Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

## Contenido

Reconocimientos.....	9
Introducción. Pensar el suroccidente <i>Enrique Jaramillo B. y Axel Rojas</i> .....	11
<b>Zonas de contacto: colonialismo y el problema del otro</b>	
Señorío y barbarie en el valle del Cauca. “Introducción” <i>Hermann Trimborn</i> .....	29
Los indígenas del Cauca en la Conquista y la Colonia <i>Milcíades Chaves Chamorro</i> .....	59
Las tribus de la antigua jurisdicción de Pasto en el siglo XVI <i>Katbleen Romoli</i> .....	83
Documentos del siglo XVIII referentes a la provincia de los pastos: problemas de interpretación <i>María Victoria Uribe</i> .....	129
<b>Economía, poder y región</b>	
Castas, patrones de poblamiento y conflictos sociales en las provincias del Cauca 1810-1830 <i>Germán Colmenares</i> .....	159
Las tierras bajas del Pacífico colombiano. Población y poblamiento <i>Robert West</i> .....	193
La configuración histórica de la región azucarera <i>José María Rojas</i> .....	251
Sociedades y espacios en el litoral Pacífico sur colombiano (siglos XVIII-XX) <i>Odile Hoffmann</i> .....	283

## **Emergencias: del problema del indio a la política indígena**

Problemas de actualidad <i>Juan Friede</i> .....	313
Problemas sociales de algunas parcialidades indígenas del occidente de Colombia <i>Luis Duque Gómez</i> .....	339
Historia política de los paeces <i>Víctor Daniel Bonilla S.</i> .....	353
Movimiento indígena y “recuperación” de la historia <i>María Teresa Findji</i> .....	391
El movimiento indígena en Colombia <i>Trino Morales</i> .....	409

### **Organización social**

Bases para el estudio de la organización social de los páez <i>Segundo Bernal Villa</i> .....	423
Minería del oro y descendencia: Güelmambí, Nariño <i>Nina S. De Friedemann</i> .....	445
Conflicto interétnico y shamanismo: los paéces <i>Myriam Jimeno Santoyo</i> .....	493
Etnogeografía y etnogeología de Coconuco y Sotará <i>Franz X. Faust</i> .....	505
Hacia una antropología de la indumentaria: el caso de los guambianos <i>Ronald A. Schwarz</i> .....	541

### **Clases, tierra y trabajo**

Formación de un sector de clase social. La burguesía azucarera en el Valle del Cauca durante los años treinta y cuarenta <i>Charles David Collins</i> .....	575
La respuesta de la industria azucarera a la sindicalización en el sector <i>Rolf Knight</i> .....	631

Unidades de producción nortecaucanas (Colombia): modernización y funcionamiento (inédito: 1981) <i>Jaime Arocha Rodríguez</i> .....	665
Evolución del trabajo asalariado rural en el Valle del Cauca, Colombia, 1700-1970 <i>Michael Taussig</i> .....	685
Tenencia y uso de la tierra por la industria azucarera del Valle del Cauca <i>Simeone Mancini M.</i> .....	725
Origen y formación del ingenio azucarero industrializado en el Valle del Cauca <i>Eduardo Mejía Prado y Armando Moncayo Urrutia</i> .....	753
<b>Movilizaciones y luchas</b>	
Orígenes y expresiones de una ideología liberal <i>Gustavo De Roux</i> .....	799
Una organización indígena en lucha por la tierra: el Consejo Regional Indígena del Cauca <i>Christian Gros</i> .....	831
Iglesia, sindicalismo y organización campesina <i>Cristina Restrepo</i> .....	853
El movimiento de integración del Macizo Colombiano <i>Luz Ángela Herrera</i> .....	885
Interpretando el pasado Nasa <i>Joanne Rappaport</i> .....	909
Intelectuales, campesinos e indios <i>José María Rojas</i> .....	931
Índice analítico .....	955

## Introducción. Pensar el suroccidente

ENRIQUE JARAMILLO B. Y AXEL ROJAS

### Presentación

**E**n junio de 2017, en el marco del XVI Congreso de Antropología en Colombia y VI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Antropología, se presentó en Bogotá el libro *Antropología hecha en Colombia* (Restrepo, Rojas y Saade, eds.). El libro recogió en dos tomos un conjunto de artículos y capítulos de libro, publicados en Colombia en algo más de siete décadas, luego de la creación del Instituto Etnológico Nacional. Para sus editores, la antropología hecha en Colombia constituía: “[...] aquella producida en el país, que se constituye en insumo empírico, metodológico o conceptual para nuevos trabajos o discusiones antropológicas en Colombia”. En este sentido, “lo que resulta relevante es el lugar y la red de producción y apropiación de la práctica antropológica, entendida como un particular campo de interacción entre colegas cuyos trabajos tienen como anclaje el establecimiento antropológico del país”.

Al iniciar la preparación del XVII Congreso de Antropología en Colombia, que se realizaría esta vez en Cali en la Universidad Icesi, propusimos al comité académico continuar con el proyecto; de allí surge este nuevo volumen. Además del buen recibo del libro publicado, varias razones nos animaron a emprender esta tarea; un impulso inicial surgió en la presentación de los dos tomos en Bogotá, en donde la colega y amiga Andrea García hizo un comentario crítico que nos llamó la atención. Al revisar la tabla de contenido, llamó la atención sobre el hecho de que parecía por momentos una compilación de “antropología hecha en Bogotá”. Andrea tenía razón en varios sentidos; los dos primeros tomos reflejaban en parte el centralismo de la antropología producida desde o en relación con el establecimiento académico colombiano. En parte porque una porción del trabajo antropológico hecho en el país ha tenido como eje la institucionalidad capitalina, y también porque mucho de lo que se produce en las regiones no circula o no es leído en el centro.

Este hecho llama la atención sobre varios asuntos que consideramos importante tener en cuenta al asumir esta iniciativa que el lector tiene en sus manos; en primer lugar, que la Antropología hecha en Colombia no busca idealizar “lo

colombiano”, asumiéndolo como una comunidad armónica desprovista de tensiones, ni desconoce las geopolíticas que operan en el contexto académico “nacional” y en sus múltiples articulaciones continentales y globales. Así mismo, es una de las razones por las cuales adquiere sentido el proyecto: sigue siendo urgente tejer y fortalecer redes académicas, abriendo nuevos diálogos tanto a nivel nacional como latinoamericano, e intentar deshacer los entramados de privilegio que constituyen el establecimiento académico en Colombia.

Dado que el Congreso se realizaría en Cali, decidimos iniciar este proyecto editorial con la idea de aportar a una Antropología hecha en Colombia, que permitiera también “pensar el suroccidente”. La definición de criterios de inclusión para elaborar la compilación, fue una de las tareas más interesantes de esta experiencia. Los dos primeros tomos habían marcado unas pautas, pero no estábamos seguros de trabajar con las mismas en este caso. Estamos de acuerdo con que una Antropología hecha en Colombia, debe estar inserta en las redes académicas del país, lo que no siempre implica que sea hecha desde una institucionalidad nacional. En esta perspectiva, también decidimos incluir textos que consideramos nodales para este proyecto, cuyos autores se mantuvieron vinculados a instituciones extranjeras, dando importancia a que hubieran mantenido relaciones constantes con redes académicas del país. Sin embargo, aun este criterio es difícil de garantizar, en tanto unos pocos textos fueron producidos sin que sus autores hayan hecho parte de redes académicas nacionales de manera estable, pero en todo caso han sido centrales en debates que consideramos relevantes en la estructuración del volumen.

Debido a que es un rasgo que se hace evidente con facilidad en esta compilación, queremos dejar en claro que hablar de antropología hecha en Colombia no implicar cerrar fronteras disciplinares. Muchos de los textos que hacen parte de este volumen, han sido considerados con frecuencia fundadores de la antropología colombiana, aunque sus autores no tuvieran el título formal de antropólogos. Estamos seguros de que no es posible hacer antropología sin dialogar con y aprender de otras disciplinas, y la investigación sobre la región parece demostrarlo.

También es pertinente mencionar el carácter a la vez retrospectivo y prospectivo de este trabajo. No se trata de un volumen que recoja el canon de la antropología hecha en el suroccidente, ni uno que busca en el pasado herramientas para construir en el futuro. Es por eso que resulta muy probable que se echen de menos algunos textos y autores, o que cause sorpresa la inclusión de otros. Es obvio que el volumen responde también al ejercicio interesado de los editores, quienes hacemos parte de algunas de las redes que piensan desde y sobre el suroccidente; la elección de unos u otros textos obedece a un interés marcado por nuestras propias agendas de investigación, aunque esperamos que no solo por ellas.

Cuando comenzamos a pensar la compilación, el suroccidente del país y en especial áreas como el Macizo, el norte del Cauca, Putumayo, o el sur del Pacífico, estaban, una vez más, en el epicentro de la investigación social y del activismo académico. Como había ocurrido en los años 1960 y 1970, el número de científicos sociales y todo tipo de expertos documentando y dinamizando procesos de investigación e intervención social había vuelto a ser notorio en el área. Esta vez los actores traían diversas y nuevas adscripciones. A los grupos de solidarios y los centros de investigación de otrora, se sumaban las voces institucionalizadas del establecimiento académico, nuevos burócratas estatales, entusiastas funcionarios de ONGs y de agencias de cooperación, e incluso intelectuales locales con formación académica pertenecientes a los distintos colectivos; lo que también estaba transformando progresivamente la antigua distancia entre los académicos y las organizaciones.

También habría que decir que las perspectivas y preguntas eran otras. Como era de esperarse, las discusiones políticas y económicas de aquellas épocas, habían adquirido paulatinamente la marca del culturalismo. Aunque las acciones en terreno iban desde intervenciones que promovían aproximaciones en derechos sobre tierras y recursos, hasta estudios sobre género, soberanía alimentaria, desarrollo sostenible, o manejos ambientales entre otros; las políticas de la identidad se ceñían cada vez más sobre estos asuntos como un enfoque que en apariencia corregía los reduccionismos y las exclusiones de las que había sido objeto la diferencia cultural. Por otro lado, los que se resistían a la seducción del multiculturalismo invocaban versiones sofisticadas de la teoría social contemporánea. Adaptando conceptos como el de acumulación por desposesión, gubernamentalidad neoliberal, racismo ambiental, e incluso necropolíticas, algunos intentaban hacer frente a la locomotora minera, el glifosato, la expansión de la agroindustria a gran escala, y a los ataques sistemáticos a líderes sociales, y a modos de vida estigmatizados como formas de “oposición” al preciado desarrollo.

Al tiempo que se transformaron los actores, los enfoques y los campos de incidencia, también fueron mutando los sujetos de intervención, colaboración e investigación. Parejo a los importantes procesos de empoderamiento político y jurídico de organizaciones y movimientos sociales, se gestó un tránsito hacia la ‘profesionalización’/‘burocratización,’ y en ocasiones cooptación del liderazgo de base social, que aunado al papel de las ONG en la ‘gestión de los social’ y a la tercerización de lo público, por mencionar sólo algunos aspectos, terminaron introduciendo nuevos contextos y complejas relaciones en la región.

Frente a estos cambios en asuntos, sujetos y aproximaciones, lo que llamaba nuestra atención era que un buen número de intervenciones, críticas o no, estaban tomando por sentado una serie de narrativas sobre el suroccidente que rápidamente veíamos emerger tanto en estudiantes como en activistas que se acercaban interesados en hacer parte de la tendencia. En concreto, entre los temas



sobresalían nociones de resistencia, despojo y extractivismo que conducían a muchos a contar siempre las mismas historias sin antes intentar describir histórica y etnográficamente las particularidades, matices y complicaciones propias de cada contexto. De la misma manera, a las secuencias de proletarización, comercialización y transición urbana que caracterizaron la explicación social del tercer cuarto del siglo XX, ahora se superponían sin mayores cuestiones discursos étnicos, raciales y territoriales que antes de ser indagados o historizados eran asumidos como puntos de partida incuestionados. Los términos eran ciertamente útiles para contrarrestar ciertos puntos ciegos del marxismo en sus muchas variantes, e incluso permitían vislumbrar cómo el capitalismo continuó profundizando geografías particulares de desigualdad y conjuntos particulares de “otros” a lo largo y ancho del suroccidente. No obstante, de alguna manera parejo a estos conceptos, se reproducían fácilmente las ideas de sujetos pre-constituídos con atributos, localidades y teleologías fijas.

No había duda que después de la arremetida de la seguridad democrática, los tratados de libre comercio y las negociaciones de paz ya en el horizonte, la región y sus poblaciones enfrentaban un período de cambios profundos y de gran alcance. Tampoco era difícil reconocer que estos esfuerzos investigativos eran en su gran mayoría bien intencionados y relevantes, y lo cierto es que en muchos sentidos, como otros tantos académicos, nuestra esperanza era que la investigación social pudiera contribuir a mejorar las condiciones de vida y las relaciones de inequidad producidas históricamente en la región. En otras palabras, sentíamos la imperiosa necesidad de problematizar nuestro propio rol como expertos en dichos procesos, sin perder por ello el optimismo de la voluntad.

Este volumen recoge treinta artículos y capítulos de libro publicados a lo largo de cinco décadas, entre los años cuarenta y noventa del siglo pasado; puede decirse entonces que se trata de antropología hecha en Colombia en el siglo XX. Este corte temporal obedece en parte a la esperanza de publicar un segundo tomo en el que se incorpore la producción antropológica reciente, y en parte refleja uno de los hallazgos de nuestra evaluación sobre la bibliografía existente: la producción antropológica hecha en el suroccidente, ha crecido significativamente en las últimas tres décadas.

Aun cuando intentaremos ampliar este punto más adelante, por ahora baste decir que son múltiples las causas de este incremento en la producción antropológica regional, entre las que se cuentan el auge del multiculturalismo, la creciente incorporación de la región en las dinámicas del capital, el fortalecimiento de dinámicas de organización social, y la transformación del rol de la antropología en la región y el país. Antes de presentar algunos rasgos más precisos sobre el contenido y estructura del texto, haremos una breve reflexión en relación con el motivo que dio origen al título del libro: pensar el suroccidente.

## Pensar la región

Según quién y cómo lo defina, el suroccidente es y ha sido representado de múltiples formas y desde muy variados intereses. Una característica recurrente en estas imágenes es la mención de su diversidad de paisaje, el significativo peso que tiene la presencia de grupos étnicos, sus riquezas económicas y “naturales”, o el peso que sobre ella ha tenido el conflicto armado, para mencionar solo algunos rasgos. A pesar de esta heterogeneidad, también puede ser concebida de maneras homogéneas: como unidad ‘natural’, definida por rasgos de tipo físico o geográfico, o como unidad cultural, asociada a la presencia de un conjunto de costumbres o tradiciones en común, e incluso como unidad político-administrativa, es decir, como área contenida por las fronteras del ordenamiento territorial tanto en la colonia como en el presente.

La región es una entidad imaginada, siempre además de muy diversas formas; corresponde no tanto a un espacio natural como a un sentido y lugar histórico. Desde una perspectiva antropológica, no puede ser definida por algún tipo de unidad *a priori*, ya sea física, cultural, lingüística o administrativa; debe ser leída etnográficamente a partir de su historia y de las disputas que la constituyen y también estallan. Esto implica pensar en la perspectiva de los actores que históricamente la han habitado, nombrado e intervenido, aunque no lo hayan siempre hecho en términos de región, identificando sus intereses, las instituciones que movilizan en estas disputas, y las reconfiguraciones que se producen en el tiempo. En este sentido, proponemos pensar la región como espacio objeto de prácticas sociales y discursivas que llega a ser reconocido en términos compartidos por diversos actores en coyunturas particulares. De hecho, y esta sería otra característica de las regiones, lo que se nombra y cómo es nombrado, es objeto de disputa.

En este proceso, distintos actores intentan definir o cuestionar las definiciones de lo que es la región. Incluir o no a uno u otro departamento, o hacer énfasis en una otra población, destacar la presencia de esta o aquella lengua, no son actos que suceden meramente en un plano retórico, ni son ingenuos o desinteresados. Dado que lo que al final quiere nombrarse es un proyecto político, no todos estarán igualmente satisfechos si son incluidos o excluidos. Cada representación particular varía en el tiempo, incluso al interior de un mismo grupo de actores, y en función de múltiples intereses.

Si analizamos el proceso de conformación del Estado-Nación en el naciente departamento del Cauca, vemos cómo este se basó en la idea de *pueblo*. Sin embargo, siguiendo la mirada atenta del historiador Guido Barona tendríamos que decir que a “este pueblo no pertenecían todos los habitantes de Popayán, ni todos los que vivían dentro del territorio de jurisdicción del nuevo Departamento” (Barona, 2001: 244). Hacía referencia sobre todo a una parte de los pobladores de

la entidad que se creaba, al tiempo que excluía a otros, como los habitantes del Patía y Pasto, que aparecían como enemigos (Barona, 2001: 245). Otros, como las ‘poblaciones de todos los colores’ (los esclavizados, los mestizos, los terrazgueros) fueron ‘olvidados’ y excluidos de la representación de la sociedad payanesa, llamada a liderar la construcción del nuevo proyecto político.

Por supuesto no ocurrió lo mismo con sectores de las élites que en su momento defendieron el gobierno colonial. Aunque también fueron objeto de tratamiento particular, para ellos no hubo exclusión, ni fueron tildados de enemigos. Otra forma del ‘olvido’ les permitió conservar sus privilegios, hasta llegar incluso a ser parte de las élites gobernantes en el nuevo momento histórico (Barona, 2001: 245). Es decir, podríamos afirmar que: “La comunidad imaginada (*sensu* Anderson 1993) en el Cauca y en el resto de Colombia sólo se refirió a quienes habían hecho la urdimbre de la sociedad regional, la cotidianidad de un sistema cultural fundado en la esclavitud, la servidumbre y las costumbres en común” (Barona 2001: 249).

Si ponemos énfasis distintos en términos de los espacios y los actores, analizar los procesos de ‘etnogénesis’ ocurridos en el Pacífico sur, ofrece la posibilidad y la ventaja de observar distintos planos relacionados con el surgimiento y consolidación del Estado nacional. Al respecto, Oscar Almario (2003), ha analizado el periodo comprendido de 1823 a 1857, poniendo especial atención a las iniciativas de desesclavización, el declive de la economía minera y la abolición jurídica de la esclavitud. Así, en cuanto a la evolución del manejo espacial entendido en términos de control político y social del territorio, propone trabajar al menos tres niveles de análisis: el primero referido a las tensiones entre la región mayor (territorios de la antigua Gobernación de Popayán) y el centro, es decir, las relaciones con Santafé y Quito; el segundo se refiere a las tensiones de la periferia regional (el Pacífico sur o antigua frontera minera) tanto con el centro de poder regional (la ciudad de Popayán) como con los subcentros regionales (Cali o Pasto); y el último se relaciona con las distintas maneras como los sujetos sociales colectivos entendieron, representaron y significaron el territorio de acuerdo con sus sentidos de identidad social y étnica (Almario, 2003: 89). Desde esta perspectiva, es posible romper con algunos de los enfoques centrados en el supuesto aislamiento del Pacífico y su aparente desconexión con el interior andino.

En la misma dirección, si se rastrea la historia del proceso de organización campesina del suroccidente que hoy en día habla de la región del Macizo colombiano, encontramos una interesante confluencia geográfica con lo que ha sido llamado desde otras orillas, la región suroccidental. Con un fuerte anclaje en el lugar, la movilización campesina del Macizo trasciende los límites del ordenamiento territorial convencional, para mostrar la arbitrariedad de las fronteras internas impuestas en la construcción del proyecto nacional hegemónico. Incluso, desafía algunos de los supuestos del nuevo ordenamiento

multiculturalista, al convocar a un conjunto amplio de habitantes rurales más allá de adscripciones étnicas. Esto nos muestra que el estudio antropológico de un lugar históricamente construido, no puede hacerse a partir de entidades geográficas o administrativas fijas, o aparentes homogeneidades culturales, sin considerar las fuerzas que le dieron su forma actual.

Manteniendo el foco en lo que en el presente llamados el suroccidente, vemos cómo distintos estudiosos muestran que ya para el siglo XVIII el Pacífico era administrado, al menos en parte, por familias de payaneses que tenían allí reales de minas explotadas con mano de obra esclavizada (Barona, 1986; Gutiérrez, 1980), lo que sería un indicador de su proyecto regional y del tipo de vínculo establecido con este territorio y sus gentes. Otros aspectos como la presencia de la Iglesia católica y las disputas por su control militar podrían ayudar a sustentar mejor esta línea de pesquisa, e insistir en estudios que no solo vean el relativo aislamiento que ha vivido el Pacífico, sino también cómo se ha mantenido vinculado y las formas concretas de gobierno a que ha estado sometido desde el interior.

El estudio de estas tensiones permite comprender el sentido de proyectos políticos planteados por las poblaciones que habitan la periferia regional, tales como la creación de un departamento del Litoral Pacífico, que se discute ocasionalmente desde hace más de un siglo. Según el padre Merizalde, ya en 1915 se planteaba desde “el pueblo de San Miguel una petición al Congreso para que se cree el departamento del litoral Pacífico” (Merizalde, 1921: 74). En este sentido, la dimensión étnico racial resulta ser clave para comprender las múltiples territorialidades que se expresan en la configuración del suroccidente. Los significados de *región* han vivido diversos momentos, no solo asociados a los intereses de las élites payanesas, lo que nos llama la atención sobre la agencia política de las poblaciones racializadas y otros sectores subalternos, y los proyectos de sociedad y de región que han movilizad desde épocas bastante tempranas en el proceso comúnmente llamado de ‘construcción de Nación’.

También en épocas recientes, a lo largo de las últimas décadas del siglo XX, poblaciones rurales apropiaron y resignificaron el imaginario de región para dar forma a sus proyectos políticos. Es posible decir incluso que algunos de los más fuertes procesos de construcción de región, en el sentido de comunidad de sentido y de acción política, han sido agenciadas por estas poblaciones. Nos referimos a proyectos como los de las Autoridades Indígenas del suroccidente -AICO-, el Comité de Integración del Macizo colombiano -CIMA-, el Proceso de Comunidades Negras PCN, la Asociación de Consejos Comunitarios del Norte del Cauca -ACONC-, o las organizaciones regionales indígenas de Cauca (CRIC), y Valle del Cauca (CRIVA), cuyos proyectos han sido fundamentales en la transformación de la cultura política, no solo local sino incluso nacional.

Si pensamos en las formas de territorialidad construidas por estas poblaciones, encontramos que la relación con el espacio y la política no están determinadas exclusivamente por fidelidades de tipo administrativo y que la vivencia del espacio y lo político trascienden las fronteras formales, dando paso a otras formas de identificación territorial y política no territorializada en el sentido convencional. Es decir, la relación con el territorio no está determinada por las fronteras administrativas y aquellos aspectos de la vida individual y colectiva que se materializan en dicho espacio (administrativo) dan pie a formas de identificación que desbordan los límites convencionales o se producen de maneras híbridas.

Los crecientes procesos de modernización, uno de cuyos focos ha sido el valle geográfico del río Cauca, han sido otro de los factores clave en la configuración del suroccidente y de sus fracturas. El proyecto agroindustrial de la caña de azúcar produjo una de las transformaciones más significativas en múltiples planos de la vida regional. La expansión de la industria azucarera trajo consigo alteraciones en el paisaje, las estructuras de tenencia de la tierra, las formaciones raciales y de clase social, además de afectar los procesos de urbanización y de organización político administrativa. A lo largo del siglo XX, las elites del hoy departamento del Valle del Cauca gestaron un proceso de cambio cultural sin precedentes en el valle geográfico del río Cauca, cuyos efectos aun conocemos escasamente. Uno de los efectos que hoy se expresa con mayor fuerza es el de la lucha por la tierra en el sur de dicho valle.

A la consolidación de la agroindustria debe sumarse el hecho de que en este espacio confluyen proyectos étnico territoriales agenciados por poblaciones afrodescendientes e indígenas, que reclaman la materialización de derechos colectivos, con iniciativas económicas legales e ilegales que buscan incorporar a estas comunidades, sus territorios y recursos, en las dinámicas del desarrollo. Estos conflictos no son exclusivo del valle geográfico; la expansión de las economías ilegales es un fenómeno creciente, agudizado luego de los recientes Acuerdos de Paz, que afecta a gran parte de la región, y se suma a los enormes desafíos de lo que podría ser el proyecto de una antropología hecha en el suroccidente.

## **Estructura y contenido de este volumen**

En cuanto a la organización del volumen enfrentábamos también una inquietud difícil de sortear. Frente a la tentación de escribir la “historia” del suroccidente como la elaboración de una secuencia más o menos lógica de momentos estructurados por el capital, o por las imágenes esencializadas de autonomía, identidad y territorialización propios de la matriz multicultural, veíamos la posibilidad de vincular lecturas desde múltiples ámbitos, o por lo menos de rearticular de nuevas formas, categorías analíticas o dimensiones parceladas por la institucionalización y profesionalización de las ciencias sociales.

Desde los inicios de su proceso de institucionalización e incluso antes, la historia de la antropología hecha en Colombia ha estado estrechamente ligada al suroccidente del país. A tal punto, que algunos lugares y poblaciones se han convertido en rito de paso o referente común en la formación de los jóvenes antropólogos. Las salidas de campo y la bibliografía canónica de la formación profesional suelen incluir lugares como Tierradentro, San Agustín o el Macizo colombiano; el estudio de pueblos indígenas como los nasa y los misak; y más recientemente las comunidades negras de Tumaco, Guapi o el norte del Cauca. Esta centralidad tiene su historia.

La primera sección, *Zonas de contacto: colonialismo y el problema del otro*, propone en este sentido, claves de lectura que nos remontan a rastrear la configuración moderna de la región y a buscar sus sedimentaciones en formaciones como las de la antigua Gobernación de Popayán, la jurisdicción de Pasto, o incluso en las tensiones y conexiones etnohistóricas del periodo de conquista. Los trabajos reunidos en esta parte, aún siendo distantes en orientaciones teóricas y posicionamientos, acentúan e invitan a rastrear “zonas de contacto” (Pratt 1992), en donde las relaciones e intercambios entre grupos, ideas y localidades están marcadas por la inestabilidad y asimetrías propias de los intersticios coloniales.

Si bien la lectura de las crónicas ya no se practica al estilo de Herman Trimborn, quien publicó su trabajo en 1949, su inclusión aquí es pertinente en cuanto posibilita rastrear al lector crítico las relaciones entre las prácticas de representación y el dominio colonial y poscolonial. Trimborn encontró en los documentos coloniales una representación pasiva y transparente que legitimaba el difusionismo, el determinismo geográfico, y asumía problemáticas relaciones entre raza, naturaleza y cultura. Sin embargo, tomados en su conjunto como formas y sitios de producción de conocimiento que requieren contextualización e indagación etnográfica, estos documentos, con sus retóricas y sus silencios sugieren preguntas para el trabajo de campo contemporáneo.

Algunos de éstos silenciamientos comienzan a ser evidenciados en trabajos tempranos como los de Milcíades Chaves (1958), y su carácter de artefacto cultural se hace ya notorio en los enfoques posteriores de corte etnohistórico de Kathleen Romoli (1978) y María Victoria Uribe (1975). Milcíades Chaves, por ejemplo, reconoció que los cronistas de la época no sólo naturalizaron la paulatina adjudicación de tierras a través del otorgamiento de encomiendas, sino que también permanecieron en su mayoría ciegos a los procesos que involucraron a las cuadrillas de negros esclavizados. Su mirada atenta a la “gran transformación” que significó para las sociedades indígenas del Cauca en la conquista y la colonia despojarlos de la tierra y hacer de ella un mercado, permitió sin duda la articulación del “problema indígena,” y más tarde del campesinado, a los asuntos socioeconómicos y jurídicos de la sociedad nacional. Por su parte Romoli y Uribe

que destacaron los problemas de interpretación de las fuentes, insistieron además en leer siempre más allá de los contenidos del archivo, identificando la relación de sus lógicas y formas con las prácticas de la gobernanza colonial.

La segunda parte de esta compilación, que hemos denominado *Economía, poder y región*, ofrece miradas sobre momentos particulares y críticos en la configuración histórica de la región, y sobre el desarrollo de sus formas productivas, de sus prácticas espaciales y de los patrones de poblamiento. Entre ellos destacamos aquellos relacionados con el complejo hacienda-mina, analizado por el historiador Germán Colmenares, que especialmente durante el segundo ciclo del oro (1680-1820) conformó perdurables procesos sociales y políticos interconectando los valles interandinos con las tierras bajas y otras localidades a lo largo y ancho de la gobernación. Así como también resaltamos la construcción de los sistemas de relaciones socio-espaciales analizados por Hoffman (1999) y Robert West (1957) para el litoral Pacífico colombiano, al igual que las transformaciones infraestructurales y agroindustriales que dieron lugar a la configuración histórica de la región azucarera en el valle del Cauca descrita por José María Rojas (1983).

En primer lugar, a pesar de algunas características contrastantes y de ciertas variaciones en las trayectorias históricas, las haciendas y otros establecimientos agrícolas en la Gobernación de Popayán compartieron una interconexión especial con los distritos mineros que funcionó como un “verdadero arreglo social” generador de nuevos poblamientos y de formas incipientes de vida urbana. Resultado de una integración particular expresada en la circulación de mano de obra y productos, y en una complementariedad económica forzada por una forma temprana de mercantilismo centrada en la acumulación de metales preciosos, este complejo que articulaba las tierras en el extremo sur de la Provincia (Pasto) con las minas de Barbacoas en la costa del Pacífico, o al valle del Cauca con la frontera minera de Chocó, tenía vínculos regionales que se extendían desde los placeres y las haciendas de Caloto y Chisquío hasta ciudades como Quito con su sector de manufactura artesanal, y al norte con Cartagena como principal puerto de la trata esclavista.

Junto a Colmenares (1986), Robert West (1957[2000]) y Odile Hoofman (1999) también colocaron a las sociedades esclavizadas, y a las economías campesinas indígenas y negras tanto en el centro de la historia de la colonia, como del desarrollo socioeconómico y de las disputas por la producción de sentido y la tenencia de la tierra en la región. Con sus miradas históricas, geográficas y antropológicas estos autores demuestran una comprensión profunda y dinámica de las interconexiones globales y regionales propias del colonialismo y de sus secuelas político-territoriales. Unas miradas de larga duración y de relacionamientos que, por lo demás, hoy en día resultan escasas en los análisis que atienden a los fenómenos de la llamada globalización.

Algo similar podría decirse de los “paisajes culturales” compuestos por Robert West, que mucho antes de las modas recientes que enfatizan ontologías planas y etnografías multi-especies, incorporaba las disciplinas de la geografía, la historia y la antropología para desafiar la idea de la cultura como variable dependiente del medio ambiente, sin por ello apartarse de los asuntos biofísicos y geológicos que actúan en la red de relaciones. Abrir los libros de West y encontrar una geografía basada más en el trabajo de campo y en los métodos históricos, que en los lenguajes técnicos y emocionalmente neutrales de las ciencias naturales, es todavía hoy una experiencia impresionante.

Por otro lado, con el texto de José María Rojas (1983) exploramos las articulaciones que condujeron a la coincidencia entre el sector económico azucarero y la región del valle geográfico del río Cauca. Con ella se producirían ya no sólo un sistema social y político lo suficientemente complejo para producir un nuevo sentido de lugar, sino que también para sus moradores y migrantes llegaría a significar, la conformación de un complejo sistema de clases sociales en la que los terratenientes pasarían a ser empresarios y los campesinos proletarios sin tierra. El problema, como insistiría José María Rojas, era que el desarrollo promulgado por la agricultura científica, y las infraestructuras para el manejo hidráulico o el transporte terrestre no darían lugar a una articulación con las economías campesinas, sino más bien a una economía capitalista de plantación.

En el campo académico, desde 1938 se había creado en Popayán un museo arqueológico anexo a la Universidad del Cauca, que se consolidó bajo la dirección del antropólogo francés Henri Lehman, cercano a Paul Rivet. Poco tiempo después, el profesor Gregorio Hernández de Alba lideró la creación de un instituto etnológico, articulado al Etnológico Nacional. En 1946 en el instituto se impartían clases con docentes invitados, entre los que se encontraban Henri Lehmann, John H. Rowe y Juan Friede (Universidad del Cauca 1967: 3). La labor docente desarrollada en el instituto se constituiría en la base para la posterior creación del programa de antropología en 1970 (López y Meneses 2016). Dicho programa surgiría en paralelo con la creación del CRIC y algunos de sus docentes y estudiantes realizaron trabajos de investigación centrados en lo que para entonces se conocía como el problema indígena.

En este sentido, el paso del denominado “problema” a la política indígena, es otro de los motivos entorno a los cuales sugerimos explorar aspectos de las formas de pensar el suroccidente. En la tercera parte, Juan Friede (1976) y Luis Duque Gómez (1945) como otros tantos investigadores del *Instituto Indigenista* fundado en 1943, develan las precarias condiciones de vida de los grupos indígenas del país excluidos por la historia y la opinión pública. Considerados por la nación como extintos o disueltos por la conquista y los procesos de mestizaje, las reivindicaciones de estos textos ponen el acento en los procesos históricos que dan cuenta de su



explotación, reducción, y discriminación. La condena de la propiedad colectiva de la tierra como obstáculo al progreso económico, y la paulatina parcelación de los resguardos, realizada con la complicidad de las autoridades locales en alianza con los latifundistas, convertía a los indígenas en terrajeros manteniéndolos atados a las relaciones de servidumbre coloniales. Pero no sólo existía interdependencia entre el latifundio y el concertaje, sino que también en su negación del problema, el Estado había delegado a la Iglesia sus funciones quienes convenientemente hacían también parte de la complementariedad del sistema.

Aunque esta tradición no nace con la institucionalización de la antropología en las universidades, es importante resaltar el fuerte vínculo que para entonces había entre la práctica académica y las luchas agrarias, y que para aquel momento ya había dado lugar a algunos textos canónicos del indigenismo (cfr. García 1937, Friede 1942). Con la cartilla *Historia política de los Paeces*, el filósofo y periodista Víctor Daniel Bonilla, junto con intelectuales indígenas y otros solidarios, demostraron que la “solución” al problema no iba a venir de los organismos oficiales. El fracaso de la “División de Asuntos Indígenas” del Ministerio de Gobierno creada a finales de los años 1950, y sus posteriores versiones como el “Consejo Nacional de Política Indigenista” de 1971, aunado a la incompetencia del INCORA de efectuar una redistribución efectiva de los latifundios, conducirían a la creación del Consejo Regional Indígena del Cauca (CRIC). A pesar de que el periodo de La Violencia, creciente de mediados del siglo XX, había destruido durante más de una década gran parte de las estrategias y esperanzas políticas del campo, como lo expone Gustavo De Roux (1991) en su contribución a este volumen, el CRIC, al igual que otras organizaciones populares y movimientos redes de organización de base encontraron nuevos referentes organizativos, que les permitieron volver a ingresar a la vida política pública de la nación.

A lo largo del siglo XX, el departamento del Cauca fue epicentro de algunas de las luchas más visibles en torno a la tierra en el país. Personajes de la talla de Manuel Quintín Lame y la posterior emergencia del CRIC, jugaron un papel determinante para dar visibilidad a la presencia indígena en la región y para la consolidación de una estructura administrativa de la organización indígena (Gros, 1981). No obstante, solicitada por el CRIC la cartilla en cuestión republicada aquí en su totalidad, evidencia las distancias y a veces confluencias con referentes organizativos importantes del momento como la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC). Si bien el CRIC pronto adoptó una estructura organizativa sindical que lo acercó a las luchas obreras y campesinas, el Movimiento de Autoridades Indígenas, entonces llamado Gobernadores Indígenas en marcha, promovió una estrategia de movilización diferente que proclamaba a las sociedades indígenas como grupos étnicos en defensa de los derechos territoriales. La cartilla era entonces una solución para la educación política propia más allá de la ideología liberal decimonónica o de las ideologías de izquierda del momento. Pero no fue hasta el desarrollo de los

llamados Mapas Parlantes que el trabajo de la memoria colectiva comenzó a ensayar y a estimular la larga búsqueda política de los indígenas del Cauca, al tiempo que se revolucionaron los métodos de investigación participativa y comprometida.

La socióloga rural María Teresa Findji, quien participó activamente de todo este proceso, recoge en su texto *Movimiento indígena y “recuperación” de la historia* (1991), las reflexiones sobre la temporalidad y la reconstrucción de la memoria a partir de los recursos del paisaje, del acto de caminar, y de la capacidad de materializar en los títulos un personaje histórico como lo fue el Cacique Juan Tama. La pertinencia política y metodológica de entender la memoria y las etnicidades como procesos relacionales en constante negociación y devenir es sin duda una contribución notable a la que suman el trabajo de Joanne Rappaport (1987) incluido en la última parte de este volumen. No vamos a detenernos más en estos asuntos, pero consideramos importante mencionar un par de rasgos que se derivan en parte de esta experiencia: en primer lugar, el sesgo indigenista de la antropología que se produjo en y sobre el suroccidente; y en segundo, el papel de la Universidad del Cauca en este periodo naciente de la antropología académica.

En cuanto al primer punto, cabe mencionar que el suroccidente andino fue uno de los epicentros de la acción indigenista que comenzó a consolidarse a partir de la década de los cuarenta; particularmente en el departamento del Cauca. Sobre el segundo punto, es interesante observar que la Universidad del Cauca fue la única que ofreció un programa de antropología, hasta que en la Universidad Icesi se creó el segundo programa, para ser ofertado en Cali desde el 2006. Podría decirse entonces que, a pesar de la temprana creación del programa de antropología en Popayán, el suroccidente se mantuvo hasta el inicio del nuevo milenio como un lugar objeto de estudio, más que como un lugar de producción de conocimiento antropológico.

Por ahora no tenemos una hipótesis clara acerca de cuáles serían las razones por las cuales las universidades localizadas en Pasto y Cali no ofrecieron programas de antropología, pero nos parece una pregunta interesante para seguir pensando en las antropologías hechas en Colombia. Podríamos aventurarnos a plantear por ahora que la antropología colombiana ha mostrado un carácter marcadamente centralista, en contravía de lo que parecía ser su tendencia durante los años previos a su profesionalización, cuando había un predominio del indigenismo ligado al proyecto del Instituto Etnológico Nacional. El estudio de los sistemas de parentesco como los desarrollados por Segundo Bernal Villa en el área páez (1955), y en especial sus interrelaciones con el acceso a recursos y derechos como en el ejemplar caso registrado por Nina de Friedemann (1974) para el río Güelmambi, también tuvieron un lugar importante en la literatura. Estos temas tradicionalmente agrupados bajo lo que se conocía como organización social solían ser “para la antropología lo que la lógica era para la filosofía” como

anotara Robin Fox en 1967. No obstante, desde mediados de los años 1970, el declive de los estudios de parentesco redujo a estas preocupaciones a meras representaciones simbólicas, perdiendo de vista la manera en como las redes de parentesco a menudo continuaron operan como organizaciones económicas o asociaciones políticas por mencionar solo algunas dimensiones. Es cierto que los modelos de sistemas de descendencia estuvieron marcados por los vicios de las perspectivas teóricas del momento, pero nuestra desatención a los lazos, vínculos y alianzas no era lo que conducía a una antropología de la modernidad.

Por su parte, la antropología hecha en el suroccidente, además de su enfoque indigenista, ha estado marcada por un fuerte andinocentrismo, que dejó de lado un conjunto amplio de problemáticas y lugares que parecen haber quedado excluidas de sus intereses. Entre ellos, el estudio de problemáticas asociadas a las clases sociales, la propiedad de la tierra, el trabajo, el Estado, las élites y los procesos de proletarización, para mencionar unos pocos entre los más relevantes. Algunos de estos asuntos nos han permitido estructurar la cuarta para de esta compilación. Como veremos en los textos allí reunidos, no se trata de que dichos problemas hayan estado totalmente excluidos de los estudios académicos, sino que fueron considerados objeto de investigación de otros campos disciplinares, principalmente la historia y la sociología. Sin embargo, también cabe resaltar el trabajo de algunos antropólogos que con su trabajo desafiaron esta tendencia; es el caso de los trabajos pioneros de Michael Taussig o Jaime Arocha, sobre el norte del Cauca.

Además de la desatención a las problemáticas mencionadas, el andinocentrismo de la antropología hecha en el suroccidente también se expresa en términos de fronteras espaciales. A pesar de los valiosos aportes de los historiadores, que mostraron tempranamente el vínculo entre el interior andino y la región costera del Pacífico, el imaginario predominante de región parece reflejarse en la elección de los lugares de interés para los estudios antropológicos. No se trata tanto de que el Pacífico no fuera estudiado, aunque algo hay de ello, como de que fuera pensado como una región aparte, desvinculada del interior cordillerano, desestimando los procesos históricos en los que fue producido, al igual que los vínculos permanentes que se expresan en redes sociales, procesos de movilidad, y circulación constante de productos materiales e inmateriales. Si bien es cierto esta tendencia parece haber sido superada a partir de experiencias como las del proyecto Identidades y Movilidades, realizado desde la Universidad del Valle en conjunto con el IRD francés, también es cierto que no resultó de una iniciativa proveniente de la comunidad antropológica en sentido estricto.

Finalmente, aunque no por ello menos importante, la antropología hecha en el suroccidente al igual que el conjunto de la antropología hecha en el país durante el siglo XX, no solo ha dejado por fuera de sus fronteras a problemáticas y lugares como los mencionados, sino que también ignoró a poblaciones o grupos humanos

cuya presencia ha sido nuclear en la configuración de la región. A esta agenda habría que incorporar problemáticas escasamente mencionadas hasta ahora; además del estudio de las élites, los procesos de racialización, la proletarización, las dinámicas de movilidad y urbanización, las luchas del campesinado, y el posconflicto, habría que prestar especial atención a los procesos de patrimonialización, las industrias culturales, los efectos del multiculturalismo en las agendas de movilización política, las formaciones locales y regionales de Estado, el extractivismo.

Los problemas mencionados podrían considerarse idénticos a los de la antropología entendida de manera amplia, tanto para el país como en otras latitudes. Al llamar la atención sobre estos asuntos quisiéramos contribuir al esbozo de algunos derroteros para una agenda hecha en Colombia que contribuya a pensar el suroccidente.

## Referencias citadas

Almario García, Oscar

- 2003 *Los Renacientes y su territorio. Ensayos sobre la etnicidad negra en el Pacífico sur colombiano*. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana, Consejo de Medellín. Colección pensamiento político contemporáneo, No. 5.

Barona, G.

- 2001 *Territorios posibles: historia, geografía y cultura del Cauca*, G. Barona y c. Gnecco editores, Corporación Autónoma Regional del Cauca

Gutiérrez, I.

- 1980 *La historia del negro en Colombia*. Bogotá: Nueva América.

Merizalde del Carmen, Bernardo

- 1921 *Estudio de la costa colombiana del Pacífico*. Bogotá

Pratt, Mary Louise

- 1992 *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*. Routledge

Universidad del Cauca

- 1967 *Boletín del Instituto de Antropología de la Universidad del Cauca*. Vol. 1 (1).